

¿Existe una comunidad iberoamericana?*

Con mucho placer vuelvo hoy a esta casa que un poco es mi casa, porque la frecuento desde hace muchos años y he trabajado aquí dentro de ella, en su amplio y generoso propósito de servir a la Comunidad Iberoamericana. Vengo en esta ocasión por un motivo especialmente grato para mi persona, que es para recibir la distinción que me fue otorgada por el jurado de la Fundación Príncipe de Asturias de Letras de este año.

He sido toda la vida un convencido de que los hispanohablantes tenemos una inmensa herencia que nunca hemos sido capaces de reivindicar en toda su significación y plenitud. La hemos visto parcialmente, la hemos querido recibir, muchas veces, a beneficio de inventario, rechazando unas cosas y aceptando otras, de una manera completamente irracional. Las herencias históricas hay que asumirlas «in toto», o no hay que asumirlas. Y creo que la herencia histórica y cultural del mundo hispanohablante es suficientemente importante y rica para que la asumamos resueltamente y la entendamos en toda su magnitud.

La dificultad de entenderla obedece a muchas cosas; a los hombres nos da mucho trabajo darnos cuenta de lo obvio. Nos damos más cuenta y más pronto de lo extraordinario; de lo obvio no; lo obvio desaparece, lo obvio se borra, se vuelve hábito, se hace costumbre, se torna cosa difícil de distinguir. La Comunidad Iberoamericana pertenece a ese mundo de lo obvio, tan obvio que muchas veces no la sentimos, no la percibimos, sino cuando la oportunidad nos pone frente a su maravillosa realidad. Además de esto hemos sido gente muy prejuicida, muy conflictiva por ánimo y por formación, muy objetantes, muy individualistas, muy mal hallados con nosotros mismos y con nuestra historia, lo cual es un buen síntoma de que pertenecemos realmente a una comunidad, porque en eso nos parecemos todos. Había aquel viejo dicho de Ganivet que se le podría aplicar a todo el mundo iberoamericano, de que cada español, en el fondo de su conciencia, deseaba tener una carta foral firmada por el Rey que dijera simplemente: «Este español tiene derecho a hacer lo que le da la ga-

* Conferencia dictada por su autor el martes 9 de octubre en el Instituto de Cooperación Iberoamericana. Incluida dentro de los actos organizados por Tribuna 92-Quinto Centenario.

na». Así hemos sido, gente de gana, gente de hacer lo que nos da la gana, de entendernos mal con nosotros mismos, de hablar mal de nosotros mismos, y de no aceptar lo fundamental que tenemos y de reconocerlo.

Esta misma polémica, tan curiosa y tan reveladora, que ha surgido en estos últimos tiempos, en torno a qué es lo que se va a celebrar el 12 de octubre de 1992, es muy significativa.

Yo me imagino que cuando vayan a celebrar los dos mil años de la fundación de la iglesia cristiana no va a haber polémica. Estoy de acuerdo en que fue un gran hecho, que tiene una inmensa importancia, no va a haber quien diga: ¿Y qué se hizo con todos los que mataron, y qué se hizo con aquellos pobres paganos a quienes cristianizaron a sangre y fuego? A sangre y fuego no, porque no había fuego, pero a sangre, sí. Igualmente, creo que los europeos (los alemanes, los ingleses, los franceses) no están todo el día, como Hamlet, con el cráneo en la mano, preguntándose ¿de qué horrores venimos? ¿qué espanto fue el de las invasiones bárbaras, qué horror fue la cristianización de Europa, los crímenes monstruosos que se cometieron? ¡no! Europa está allí, está formada, es un hecho humano, con todo lo que tenemos de negativo, de destructores, de bárbaros los hombres, de animal, de animal feroz, agresivo y posesivo. Pero lo aceptan, el hecho de Europa está aceptado, y nadie lo veta y nadie se arrepiente de aquello. En cambio, el hecho americano, sí. El hecho americano, tal vez porque es más reciente, tal vez porque no hemos tenido el valor de aceptarlo en su plenitud, sigue siendo objetable, sigue creando malas conciencias. Eso explica esa polémica curiosa.

Hay gente que objeta la palabra descubrimiento. A mí me parece una simpleza, un descubrimiento, ¡claro que lo hubo!

El 12 de octubre de 1492, unos europeos toparon con una tierra de la que no tenían noticia, con unas civilizaciones que nunca habían visto, con unos hombres diferentes a todo lo que habían conocido; esto es un descubrimiento. Y fue un descubrimiento con consecuencias inmensas porque era tan desconocido y no había nada valedero que viniera de atrás, que les permitiera interpretarlo, inventaron. Hay toda una invención intelectual en torno a la aparición de eso que se llamó después América en el horizonte del hombre europeo.

No solamente hubo toda una invención intelectual, sino que hubo otra cosa que es más común en el ser humano. Los hombres somos como unas linternas mágicas, es decir, cargamos dentro unas visiones que proyectamos y eso nos impide ver lo que está fuera porque generalmente lo que estamos viendo es la proyección de lo que llevamos dentro.

Cuando los descubridores toparon con América creyeron que habían llegado a Asia, de ahí que los indios americanos se llamen indios; han podido llamarse chinos con igual impropiedad. Tomó treinta años, o algo así, darse cuenta de que era un continente nuevo distinto de Asia. Por la misma idea que creían que era Asia, empezaron a buscar lo que no había allí y a ver lo que no había. Buscaron las Amazonas, por



Arturo Usler Pietri,
Premio Príncipe de
Asturias 1989